

Montaigne

Ensayos

(selección)



selección **doce uvas**

RIALP

MICHEL DE MONTAIGNE

Ensayos

(selección)

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Introducción](#)

[1. El tema soy yo](#)

[2. De qué tratan los *Ensayos*](#)

[3. Lenguaje](#)

[4. Amistad](#)

[5. Cómo afrontar los males, el dolor, la muerte](#)

[6. El sistema político](#)

[7. Educación de los niños](#)

[8. Trato con los animales](#)

[9. Fama y famosos](#)

[10. Religión, Iglesia](#)

[11. Fe y razón](#)

[12. Milagros](#)

[13. Dios](#)

[14. Presciencia divina y libertad humana](#)

[15. De las oraciones](#)

[16. Retiro](#)

[17. Compasión](#)

[18. Tristeza](#)

[19. Juzgar por las intenciones](#)

[20. La mentira](#)

[21. Los límites del valor y el miedo](#)

[22. Hay faltas y faltas](#)

[23. Juzgar según sea el final](#)

[24. La fuerza de la imaginación](#)

[25. La fuerza de la costumbre](#)

[26. Realismo](#)

[27. Roma](#)

[28. El testimonio de la conciencia](#)

[29. Cosmopolita](#)

[30. *Best Sellers*](#)

[31. Vejez](#)

[Bibliografía](#)

[Créditos](#)

«No enseño, cuento»
(*Ensayos*, III, 2)

Introducción

Michel de Montaigne, uno de los creadores del francés moderno y un pionero del ensayo, nació el 28 de febrero de 1533 en el Chateau de Montaigne, en Saint Michel (hoy Saint Michel de Montaigne) a unos sesenta kilómetros de Burdeos. Murió el 13 de septiembre, en 1592, en el mismo lugar. Por parte de madre, su ascendencia era judéo española. Su padre, Pierre Eyquem, procedía de una familia de comerciantes que fue adquiriendo el rango señorial. De él heredó el castillo y el título de señor de Montaigne.

Aunque Montaigne tendía a minusvalorar su formación —no es posible saber si por modestia o por una compleja vanidad— aprendió el latín como lengua materna, y llegó a dominar también el griego. Esto le facilitó el acceso a cientos de autores griegos y latinos que aparecerán luego en los *Ensayos*.

Estudió Leyes en la Universidad de Burdeos y pronto fue elegido magistrado de la ciudad. Trabajó también en los tribunales de justicia. En 1572, a los 39 años, se retiró a su castillo, dispuesto a llevar una vida solamente privada y a viajar. En 1581 fue elegido alcalde de Burdeos, cargo que ya había desempeñado su padre. Permaneció en él cuatro años, el máximo posible, porque la magistratura de dos años solo se podía prorrogar por otros dos. Los últimos años de su vida los dedicó a una soledad productiva, en su castillo, puliendo los *Ensayos* y viajando por Francia, Alemania, Austria, Suiza e Italia, de lo que queda constancia en un ameno diario.

Publicó en Burdeos, en 1580, los dos primeros libros de *Ensayos*. Después, en 1588, trabajó en lo que se conoce como *Ejemplar de Burdeos*. Murió antes de terminarlo y fue editado en 1595 por Marie de Gournay, escritora e hija adoptiva de Montaigne.

TIEMPOS AGITADOS

A Montaigne le tocó vivir la guerra civil entre hugonotes y católicos en Francia. Cuando en 1572 ocurre la masacre de la Noche de San Bartolomé —precedida y seguida por otras masacres en los distintos bandos— Montaigne tenía treinta y nueve años. Entiende pronto que no se trata tanto de una «guerra de religión» cuanto de una guerra de poder. «La justicia que está en uno de los partidos solo es adorno y cobertura. Se la proclama, pero ni se la recibe ni se la alberga ni se comulga con ella. Está como en labios de un abogado, no en el sentimiento y en el corazón de una de las partes. Dios

debe su extraordinario socorro a la fe y a la religión, no a nuestras pasiones. Son los hombres quienes mandan y para ello se sirven de la religión. Debería ocurrir lo contrario» (II, 12).

Desde que en 1517 Lutero había publicado sus famosas tesis, el protestantismo —en distintas formas— se había extendido por Europa. Enrique VIII de Inglaterra, que en principio escribió en contra de Lutero —lo que le valió el título papal de *Defensor fidei*, defensor de la fe—, acabó separándose de Roma en 1534.

Montaigne odiaba estas deserciones y transformaciones. Era un conservador con mucho de escéptico y algo de estoico, convencido de que la mayor parte de las novedades suceden para peor. No entendía cómo la gente no respetaba las diferencias, dentro de un consenso en lo fundamental. «Me disgusta la novedad, sea cual sea el rostro con que se presente. Y tengo motivos para ello; he visto sus consecuencias perjudiciales. La que nos oprime desde hace tantos años [la Reforma protestante] no es causante de todo, pero se puede decir con verosimilitud que accidentalmente ha producido y engendrado todo, incluido los males que se han dado después, sin ella y contra ella. A ella se debe culpar: ‘¡Ay, sufro las heridas que me han hecho mis propias flechas!’ (Ovidio, *Heroidas*, 48)».

No tenía una idea muy favorable del tiempo en el que vivía. Conocía esa tendencia hacia la «servidumbre voluntaria» (de la que escribió su amigo Étienne de la Boétie), por la que la gente prestaba su aprobación a la tiranía. No se le escapa el número de altos cargos que viven *pour tirer du public son profit particulier* (I, 39), «para sacar provecho particular de lo público». Hay poco de nuevo en esto.

¿ESCEPTICISMO?

En las divulgaciones habituales sobre Montaigne —menos en estudios más serios— se le suele presentar exclusivamente como escéptico, debido quizá a que no se ha leído la obra completa. Algunos autores sugieren, incluso, que ese escepticismo le podría venir de sus raíces judío maternas. Pero el escepticismo tenía un amplio recorrido en la historia de Occidente, se dio con profusión en Grecia e incluso en una etapa de la Academia de Platón, siglos después de muerto el fundador. En Roma siguió, junto a otras muchas tendencias.

Una de las pruebas que siempre se citan sobre el escepticismo de Montaigne es el lema que hizo grabar en una moneda: *Que Je sais?*, «¿qué sé?». Pero él mismo pone en relación su actitud con la de Sócrates y el famoso «solo sé que no sé nada». En cualquier caso, el escepticismo de Montaigne significa no ser partidario de extremismos y sí de la tolerancia, en los asuntos humanos.

MONTAIGNE Y LA RELIGIÓN

Se ha querido presentar a veces a Montaigne como agnóstico en materia de religión y

casi ateo. Sin base alguna si se leen atentamente los ensayos, y en especial, el más extenso de todos, la *Apología de Raimundo Sabunde*, un médico y teólogo español, fallecido en 1436, que dejó una obra, *Theologia naturalis*, en la que se defendía la compatibilidad entre la fe y la razón y que Montaigne tradujo al francés. Cuenta Montaigne que cuando el humanista Pierre Bunel le entregó ese libro al señor de Montaigne, su padre, «lo recomendó como libro útil y conveniente en el momento de la entrega, cuando las novedades de Lutero comenzaban a ser famosas y a quebrantar en muchos puntos nuestra antigua fe» (II, 12).

En ese ensayo dice Montaigne: «El ateísmo, al ser una proposición como desnaturalizada y monstruosa, difícil, se establece malamente en el espíritu humano, por insolente y desarreglada que esa proposición pueda ser. Se ha visto con frecuencia a algunos concebir, por vanidad y por orgullo, opiniones no corrientes y reformadoras del mundo; y fingir que las profesaban; pero, aunque bastante locos, no son los suficientemente fuertes para implantarlas en su conciencia. Porque no dejarán de juntar sus manos y elevarlas al Cielo si les asestáis una buena estocada en el pecho» (II, 12).

Hay en Montaigne influencia del escepticismo —en las cuestiones humanas— y del estoicismo. Pero también de su adorado Plutarco, que tiene siempre un aliento espiritual. Los atestados de creencia en Dios, en los *Ensayos*, no son muchos, pero cuando toca el tema no deja lugar a la duda. El precio de hacer de Montaigne un incrédulo sería el de convertirlo en un insoportable hipócrita. Y nada más reñido con la naturalidad, sencillez e inmediatez de los *Ensayos*.

PASCAL Y MONTAIGNE

Pascal no habla demasiado bien de Montaigne, pero tenía en común con él un cierto estar a gusto entre las contradicciones. Hay contradicciones en Montaigne como las hay en Pascal, lo que no significa que estén en posiciones falsas, sino que la verdad muchas veces solo es accesible por la paradoja, que no es sino una aparente contradicción. La mayor diferencia entre Montaigne y Pascal es de carácter: el gascón no quiere líos, sino que lo dejen en paz; Pascal es más apasionado, y en el fondo ama la polémica.

Pascal es mucho más riguroso consigo mismo que Montaigne. En el primero hay que llegar hasta el fondo. En Montaigne lo más importante es no pasarse, no exagerar. Pascal experimentó una conversión que le cambió completamente la vida. Montaigne respeta la tradición cristiana en la que nace y vive, pero lo místico no aparece para nada en él.

Es Pascal quien se empeña en no parecerse a Montaigne, quizá porque sabía que se asemejaban más de lo que le hubiese gustado. Hay frases de Montaigne que podrían ser pascalianas, como esta: «Encontrar una cosa increíble es para los cristianos ocasión de creer. Es tanto más razonable cuanto más está en contra de la razón. Si fuera razonable, no sería un milagro; si siguiera algún caso anterior, ya no sería algo singular». Y lo argumenta con la autoridad de san Agustín: «Se sabe mejor de Dios no sabiendo» (*Del orden*, II, 36), el santo de la devoción de Pascal. Aunque, en su línea, añade también el

de un pagano, Tácito: «Es más santo y reverencial creer en los hechos de los dioses que saberlos» (*Germania*, XXXIV) (II, 12).

E insiste: «La debilidad de nuestro juicio nos ayuda más que su fuerza y nuestra ceguera más que la clarividencia. Es por nuestra ignorancia, más que por nuestra ciencia, por la que llegamos a saber de los divinos saberes. No es extraño que nuestros medios naturales y terrenos no puedan concebir ese conocimiento sobrenatural y celestial. Aportemos solo nuestra obediencia y nuestra sujeción, porque, como está escrito, ‘arruinaré la sabiduría de los sabios y anularé la prudencia de los prudentes. ¿Dónde está el sabio, dónde el escriba, dónde el disputador de este mundo? ¿Por ventura no aturdió Dios la sabiduría de este mundo? Pues en la sabiduría de Dios no conoció el mundo a Dios, tuvo a bien salvar a los creyentes por la necesidad de la predicación’» (Montaigne cita, sin indicar la procedencia, el texto de Pablo *I Corintios*, 1, 19-21, que a su vez cita a *Isaías*, 29, 14).

VARIEDAD

Montaigne, que parece muy moderno o, mejor, posmoderno en algunos trazos —cierto multiculturalismo, defensa de los animales, sentido profundo de la igualdad humana—, no lo es tanto en otros, como por ejemplo, la admiración por la vida militar y el poder de los reyes, el valor en las guerras hasta el sacrificio extremo, la utilidad de los combates de gladiadores para enseñar a no tener miedo a la muerte, o la primera educación de los hijos que han de estar separados de sus padres. Refiere los episodios de crueldad con una sangre fría que hoy no sería políticamente correcta, aunque las crueldades siguen dándose, como siempre ha sido. Tiene arranques de cierta misoginia, en el sentido, entonces y después proverbial, de considerar a la mujer sexo débil y blando. El pueblo, convertido en populacho, tampoco le es simpático; en una ocasión escribe que «los crímenes, en las victorias (guerreras), son cosa generalmente del pueblo y de los suboficiales; esta canalla del vulgo se aveza y se curte ensangrentándose hasta los codos, despedazando un cuerpo a sus pies; es el único valor que conocen» (II, 27).

No es tan pesimista sobre la condición humana como su antecesor Maquiavelo o, ya en el siglo XVII, Hobbes, pero tampoco es optimista. Cuando habla de algunos vicios —hipocresía, adulación, crueldad, intolerancia, mentira...— da por sentado que están arraigados en la condición humana.

SUS HÉROES

En uno de sus ensayos (II, 36, *De los hombres más excelsos*) se decanta por Homero, Epaminondas, Alejandro y César; y, en otro lugar, confiesa que se alimenta de Séneca y de Plutarco. Y acude constantemente a Platón y a Cicerón. Todos bien conocidos menos Epaminondas, un general tebano (418-362 a. C.) que acabó con la supremacía de Esparta, aunque poco después toda Grecia caería bajo el dominio de Filipo II de

Macedonia y de su hijo, Alejandro Magno (356-323 a. C.). Montaigne deplora que, de las *Vidas paralelas* de Plutarco, estuviera perdida la comparación entre Epaminondas y Escipión Emiliano (185-129 a. C.), el definitivo destructor de Cartago y el que se revistió de la innmerecida gloria de la destrucción de Numancia. Los consideraba «el primero de los griegos y el primero de los romanos», no sin cierta contradicción respecto a lo que escribe de Alejandro Magno y de César. Está más a gusto con los antiguos que con los modernos. Opina que en tiempos de griegos y romanos había más virtud, en el sentido de reciedumbre de ánimo. Y que, en sus tiempos, la gente por lo general era blanda y ociosa, falsa y adulatora.

CONTEMPORÁNEOS

Montaigne vivió en un tiempo lleno de grandes personalidades. En Francia reinaron Francisco I, Enrique II, Francisco II, Carlos IX, Enrique III y Enrique IV, el primer Borbón, el de «París bien vale una misa». En Inglaterra, Enrique VIII, los efímeros reinados de Eduardo VI y María y el extenso de Isabel I. En España, entonces, dominante en el mundo, Carlos I de España y V de Alemania y Felipe II. En la Iglesia se sucedieron los papas Clemente VII (que tuvo que afrontar la rebelión de Lutero y el cisma de Enrique VIII), Pablo III (que aprobó la Compañía de Jesús), Julio III (particularmente dado al nepotismo), el efímero Marcelo II, Pablo IV (durante su pontificado se firma la Paz de Augsburgo que demoró, al menos por un tiempo, la lucha entre protestantes y católicos), Pío IV (que consiguió finalizar el Concilio de Trento), san Pío V (que pudo ver la victoria de Lepanto, que frenó el avance otomano y publicó el Misal Romano, que estaría en vigor hasta finales del siglo XX), Gregorio XIII (que reformó el calendario), Sixto V (gran constructor, que finalizó la cúpula de la basílica de San Pedro), Urbano VII (que solo reinó trece días), Gregorio XIV (menos de un año), Inocencio IV (un mes).

Contemporáneos de Montaigne fueron santos como Juan de la Cruz, Teresa de Jesús, Ignacio de Loyola, Camilo de Lelis, Roberto Belarmino, Felipe Neri, Carlos Borromeo, Francisco de Borja, Francisco Javier o José de Calasanz. Escritores como Pietro Aretino, Torquato Tasso, Luis de Camoens, Pierre Ronsard, Fernando de Herrera, Fray Luis de León, Alonso de Ercilla, Christopher Marlowe, el Inca Garcilaso y, en sus años jóvenes, Miguel de Cervantes, William Shakespeare, Lope de Vega y Luis de Góngora. Teólogos como Luis de Molina, Domingo Báñez o Francisco Suárez. Artistas como Miguel Ángel y Tiziano (en sus últimos años), Jacopo Tintoretto, Paolo Veronese, El Greco, Juan de Herrera, Alonso Sánchez Coello, Giuseppe Arcimboldi, Federico Barocci, Jacopo Basano, Alonso Berruguete, Agnolo Bronzino, Pieter Bruegel el Viejo, Annibale Carracci, Benvenuto Cellini. Músicos como Giovanni Pierluigi da Palestrina, Orlando de Lasso, Antonio de Cabezón, Tomás Luis de Victoria, William Byrd, Alonso Mudarra. Militares como Alejandro Farnesio, Gonzalo Fernández de Córdoba o Álvaro de Bazán. Filósofos como Jean Bodin, Juan de Mariana o Giordano Bruno. Científicos como Tycho

Brahe (Copérnico muere en 1543, cuando Montaigne cuenta diez años, y Johannes Kepler y Galileo Galilei eran entonces jóvenes). Durante la adolescencia de Montaigne mueren Francisco Pizarro y Hernán Cortés, a los que el escritor se referirá con frecuencia, porque mostró siempre gran interés por la ampliación del mundo que había tenido lugar desde 1492.

Esta enumeración, aunque incompleta, puede servir para dar una idea de la singular época en la que vivió este escritor singularísimo.

ESTA SELECCIÓN

En esta selección se trata de dar con algunas de las principales «tesis», si pueden llamarse así, de Montaigne en el ámbito de la ética y las costumbres, además del testimonio sobre sí mismo, que es lo más llamativo de los *Ensayos*. No se recoge, en cambio, ninguna de las historias que cuenta, tomadas de autores clásicos o de la historia de su país y de algunos otros. Son, casi siempre, amenísimas, pero hubieran alargado la antología.

Rafael Gómez Pérez

1. El tema soy yo

Quiero que se me vea en este libro en mi más sencilla manera, natural, ordinaria, sin disimulo ni artificio: porque es de mí de lo que trato. (Al lector)

Sea como sea, y fueren las que fueren mis carencias, no he intentado ocultarlas. (...) Porque aquí están mis sentimientos y mis opiniones. Los doy, no para que sean creídos, sino porque es lo que yo creo. Solo intento aquí descubrir mi modo de ser, que es posible que sea otro mañana, si un nuevo aprendizaje lo hace cambiar. Ni tengo autoridad para ser creído, ni lo deseo, porque me considero demasiado mal instruido como para instruir a los demás. (I, 26)

No es propio de mí ese error común de juzgar a los demás según lo que yo soy. Creo fácilmente en cosas diversas a las mías. Al sentirme comprometido con una forma, no obligo a adoptarla al resto del mundo, como suele ocurrir. Creo y concibo mil formas opuestas de vida. Al contrario de lo normal, acojo con más facilidad nuestras diferencias que nuestras semejanzas. (I, 37)

No estoy bien cuando estoy en posesión de mí mismo y dispongo de él. El azar dispone de mí más que yo. La ocasión, la compañía, el mismo tono de mi voz tiran más de mi ingenio que cuando lo sondeo y lo empleo estando solo. Por eso las palabras valen más que los escritos, si hubiera que escoger entre dos cosas igualmente sin valor.

Me ocurre también que no me encuentro cuando me busco; me encuentro más como de golpe que por ejercicio del juicio. Puede ser que, escribiendo, haya dicho algunas cosas sutiles (trazadas por otros y afiladas por mí; dejemos esas humildades, cada uno actúa según su capacidad). Las olvido tan pronto que ni me acuerdo de lo que he querido decir, y alguien extraño podría descubrirlo antes que yo. Si interviniera con una navaja cada vez que eso sucede, me destrozaría enteramente. Pero una invención me dará de pronto más luz que la del mediodía y hará que me maraville ante mis dudas. (I, 10)

No solo el viento de los acontecimientos me remueve según su inclinación; además, me remuevo y me turbo a mí mismo por la inestabilidad de mi actitud. Quien se observe bien, no se encontrará dos veces en el mismo estado. A veces doy un rostro a mi alma; a veces, otro, según el lado sobre el que la acuesto. Si hablo diversamente de mí se debe a que me miro con diversidad.

En mí se encuentran todas las contradicciones, según modos y maneras: vergonzoso, insolente, casto, lujurioso, charlatán, taciturno, laborioso, delicado, ingenioso, alelado,

airado, bondadoso, sincero, sabio, ignorante y liberal y avaro y pródigo... Todo eso lo veo en mí en ocasiones, según como mire. Y cualquiera que se estudie atentamente encuentra en sí mismo, y hasta en su propio juicio, esta volubilidad y discordancia. Nada puedo decir de mí entera, simple y sólidamente, sin confusión y sin mezcla. «Distingo» es el término más universal de mi Lógica. (II, 1)

Yo, que me espío a mí mismo desde lo más cerca, que tengo los ojos incesantemente sobre mí, como quien no tiene asuntos fuera, «que apenas le interesa saber qué rey hace temblar todo bajo la estrella polar y por qué Tirídates siente miedo» (Horacio, *Odas*, I, 26, 3), apenas oso confesar la vanidad y la debilidad que encuentro en mí. Tengo el pisar tan inestable y mal asentado, lo veo tan propenso a caer, tan presto a vacilar; tengo la vista tan desarreglada, que soy un ser distinto en ayunas y después de la comida.

Si mi salud y la claridad de un hermoso día me sonríen, he aquí que soy un hombre honesto. Si tengo un callo que me aprieta en un dedo del pie, heme aquí de mal humor, desagradable, inaccesible. Un mismo paso de un caballo me parece unas veces rudo y otras veces liviano. Un mismo camino, a una hora muy corto; a otra hora, largo. Una misma forma, ahora más agradable, ahora menos.

Ahora voy a hacerlo todo; ahora, no voy a hacer nada. Lo que me gusta a esta hora, me resultará penoso después. Hay en mí miles de agitaciones indiscretas y casuales. O me domina el humor melancólico o el colérico; en función del poder de esos humores, en un momento predomina la tristeza y en otro momento, la alegría. Cuando tomo un libro encontraré, en tal o cual pasaje excelente, gracias que alegrarán mi alma; si vuelvo a esos pasajes en otra ocasión, por muchas vueltas que les dé, solo me parecerán una masa desconocida e informe. (II, 12)

Al conocer esta debilidad mía, se ha engendrado en mí, accidentalmente, cierta constancia de opiniones, y no se han alterado las primeras y naturales. Porque, por buena apariencia que tenga lo nuevo, yo no cambio con facilidad, con miedo de perder en el cambio. Y como soy incapaz de escoger, acepto la elección ajena y me quedo quieto donde Dios me ha puesto. Si así no fuera, no sabría guardarme de dar vueltas sin cesar.

Así, por gracia de Dios, me he conservado entero, sin agitación y turbación de conciencia, en las viejas creencias de nuestra religión, en medio de tantas sectas y divisiones que ha producido nuestro siglo. (II, 12)

Admiro la seguridad y esperanza que cada uno tiene de sí mismo, allí donde apenas hay algo que yo piense saber ni que me atreva a responder que sé hacer. No confío en mis medios ni cuando los propongo ni cuando los pongo en práctica. Solo aprendo por los resultados, dudando de mi fuerza como de cualquier otra. De ahí se sigue que si encuentro un buen resultado en una necesidad, lo atribuyo más a la suerte que a mi industria, porque emprendo todo de forma azarosa y con miedo.

Me ocurre también que, de todas las ideas que la antigüedad ha tenido sobre el hombre, las que abrazo con más gusto y a las que me uno más son las que más nos desprecian, envilecen y anulan. Pienso que la filosofía se desenvuelve mejor cuando combate nuestra presunción y nuestra vanidad; cuando reconoce de buena fe su indecisión, su debilidad y su ignorancia. Estimo que la nodriza de las más falsas

opiniones públicas y particulares es la exagerada buena opinión que el hombre tiene de sí mismo. (...)

Volviendo a mi caso, me parece difícil que haya alguien que se estime menos e incluso que haya alguien que me estime menos que yo a mí. Me considero de un tipo común, salvo por el hecho de considerarme así. Soy culpable de los defectos más bajos y vulgares, pero no los excuso ni los justifico. Solo me precio de no saber cuál es mi precio. (II, 17)

El más amplio de mis proyectos no va más allá de un año. No pienso ya más que en acabar. Me deshago de cualquier nueva esperanza o empresa. Me despido de todos los lugares que dejo. Y todos los días me despojo de lo que tengo. «Hace ya tiempo que nada gano ni pierdo; no tengo más viático que vida» (Séneca, *Epístolas*, 77). « Viví. Ya recorrí el camino que me dio la fortuna» (Virgilio, *Eneida*, IV, 653). Esto es todo el alivio que encuentro en mi vejez: que amortigua en mí proyectos y deseos que inquietan la vida. La preocupación por la marcha del mundo, por las riquezas, la grandeza, la salud, yo. (II, 28)

Me contento con disfrutar del mundo sin preocuparme; de vivir una vida solamente pasable, que no me pese y que no pese a los demás. (III, 9)

Comparado con el común de los hombres, pocas cosas me afectan, o, mejor, me atan. Es razonable que las cosas nos importen, con tal de que no nos posean. Pongo cuidado en aumentar, con el estudio y con el discurso, ese privilegio de la insensibilidad, que está de forma natural muy arraigado en mí. En consecuencia, me caso y me apasiono con pocas cosas. Tengo la vista clara pero la fijo en pocos objetos. Tengo los sentidos delicados y blandos, pero la aplicación y la aprehensión duras y sordas. Me comprometo difícilmente. E incluso en eso, embridaría y retendría con gusto mi afección, para que no se empleara por entero, porque es algo que poseo por la merced ajena y sobre lo cual la fortuna tiene más derecho que yo. De modo que hasta la salud, que estimo tanto, sería necesario no desearla y no entregarme furiosamente a ella, aunque encuentre que las enfermedades son insoportables. Debe haber moderación entre el odio al dolor y el amor de la voluptuosidad. Platón ordena que se escoja una vía media entre las dos. (III, 10)

Soy de acción trepidante cuando me arrastra la voluntad. Pero eso es enemigo de la perseverancia. Quien desee servirse de mí, según como soy, que me encargue asuntos en los que haga falta el vigor y la libertad. Cosas que requieran una actuación directa y breve. E incluso arriesgada. En eso puedo hacer algo. Si se necesita un trabajo largo, sutil, laborioso, difícil, artificial y tortuoso, que se dirijan a otros. (III, 10)

Quiero que se den y que se prolonguen las actuaciones de la vida todo lo que sea posible. Y que la muerte me encuentre plantando mis coles, pero despreocupado de ella y más aún de mi imperfecto jardín. (I, 20)

2. De qué tratan los *Ensayos*

Nadie se libra de decir necedades; lo malo es decirlas intencionadamente. «Ese, sin duda con gran esfuerzo, me va a contar muchos cuentos» (Terencio, *Heautonimorumenos*, III, 5, 8). Eso no me afecta. Las mías se me escapan con el descuido que valen. Cuando les da por eso. Las compro y las vendo por lo que pesan. Hablo al papel como hablo al primero que me encuentro. Que esto sea verdad, lo podéis comprobar. (III, 1)

¿Quién no ve que he emprendido un camino en el que seguiré sin cesar y sin esfuerzo, mientras que haya tinta y papel en el mundo? No puedo registrar mi vida por mis acciones, porque la fortuna las ha colocado demasiado bajo. Por eso lo hago con mis fantasías. (III, 9)

Si, como dicen, filosofar es dudar, con mayor razón es conjeturar y fantasear, que es lo que yo hago. Corresponde a los aprendices preguntar y debatir. Al catedrático, resolver. Mi catedrático es la autoridad de la voluntad divina, que nos dirige sin que la contradigamos y que se coloca por encima de estos humanos y vanos debates. (II, 3)

No he visto jamás a un padre que dejara de reconocer a su hijo, por tiñoso o giboso que fuera. No dejaría de darse cuenta del defecto, a no ser que estuviera obnubilado por el afecto; pero la verdad es que es su hijo. Lo mismo me ocurre a mí. Veo mejor que nadie que estas cosas que escribo no son sino fantasías de un hombre que solo ha catado, desde la infancia, la primera capa de las ciencias, reteniendo solo un aspecto general e informe. Un poco de todo y nada de todo, a la francesa. En definitiva, sé que existe la Medicina, la jurisprudencia, las cuatro partes de la Matemática y, por encima, de qué tratan. Y quizá sé, en general, lo que pretenden las ciencias, al servicio de nuestra vida. Pero jamás profundicé más, ni me rompí las uñas estudiando a Platón o a Aristóteles, o cualquier ciencia. No ha sido esa mi ocupación, ni hay arte del que yo pueda trazar incluso las primeras líneas. (...) No he tenido trato con ningún libro sólido, a no ser con Plutarco o Séneca, de donde extraigo, como las Danaides, llenando y vaciando sin cesar. (I, 26)

Los demás forman al hombre, yo lo cuento; yo, que soy uno especialmente mal formado y al que haría de forma muy distinta si tuviera que forjarse de nuevo. Pero ya está hecho. Los trazos de mi pintura no se tuercen, aunque cambien y se diversifiquen. Todo cambia sin cesar: la Tierra, las rocas del Cáucaso, las pirámides de Egipto.

Cambian por el cambio general y por el suyo propio. La misma constancia no es sino un cambio más lento. No puedo fijar mi tema. Va confuso y vacilante, con su natural embriaguez. Lo tomo en el punto en que es y cuando ensayo con él. No pinto el ser, sino el paso, y no de un año a otro o, como dice el pueblo, de siete en siete años, sino de día en día, de minuto a minuto. Tengo que adaptar mi historia a la hora. Podré cambiarla, no solo de fortuna, sino también de intención. Lo mío es registrar diversas y mudables circunstancias e ideas indecisas, bien sea porque soy otro, bien porque considere los asuntos en otras circunstancias y condiciones. Quizá me contradigo, pero la verdad, como decía Demades, no la contradigo. Si mi alma pudiera estar fija, no ensayaría, resolvería. Pero está siempre aprendiendo, probando.

Propongo una vida baja y sin brillo, todo es uno. Una vida que se ajusta tanto a toda la filosofía moral como a una vida particular y privada, o a otra de más alta alcurnia. Cada hombre lleva en sí la entera forma de la condición humana.

Los autores se comunican con el pueblo a través de alguna marca especial y externa. Soy el primero en dar a conocer mi ser total, como Michel de Montaigne, no como gramático, poeta o jurista. Si el mundo se queja de que hablo demasiado de mí, yo me quejo de que él solo piense en sí mismo. (...)

Las fantasías de la música se rigen por el arte; las mías, por la suerte. Pero las propongo con una cierta disciplina: que jamás hombre alguno trató un tema del que entendió más que yo del mío. En ese tema soy el hombre viviente más sabio. En segundo lugar, jamás nadie antes penetró más en la materia; ni miró más minuciosamente los términos y sus consecuencias; ni llegó más exacta y llanamente al final de lo que se había propuesto. (...)

Mi libro y yo vamos conformemente y al mismo paso. En otras ocasiones se puede recomendar o criticar la obra y no al obrero. Aquí, no. Quien toca a una toca a otro. Quien juzgue al libro sin conocerlo, se hará más daño a él que a mí. Quien lo conozca, me habrá satisfecho. Me consideraré feliz más allá de lo que merezco si tengo, aunque sea únicamente, la aprobación pública de las gentes que me entienden; que piensen que yo habría sabido sacar provecho de la ciencia, si la hubiera tenido, y que yo merecía que la memoria me hubiera ayudado más. (III, 2)

Mi libro es siempre el mismo; salvo que, a medida que se renueva —para que el comprador no se vaya con las manos del todo vacías—, me tomo el trabajo de añadir —en una marquetería no bien unida— algún detalle al margen de lo establecido. Son adiciones que no condenan la forma primera, sino que otorgan algún valor concreto a cada una: una sutileza ambiciosa. De todo eso se seguirá fácilmente alguna trasposición cronológica, porque mis cuentos obedecen a la oportunidad, no a un tiempo determinado. (III, 9)

3. Lenguaje

Quiero que las palabras se superen a sí mismas y que llenen de tal manera la imaginación de quien escucha que se olvide de las mismas palabras. El lenguaje que amo es un hablar sencillo y natural, tanto en el papel como en la boca. Un hablar succulento, nervioso, corto y apretado; no tanto delicado y peinado, sino vehemente y brusco. (I, 26)

De natural, tengo un estilo cómico y privado, con una forma propia, inepta para las negociaciones públicas. Así es siempre mi lenguaje; demasiado apretado, desordenado, cortado, particular. No entiendo nada de cartas ceremoniosas, que no poseen más sustancia que un bello encadenamiento de palabras cortesas. No tengo ni la facultad ni el gusto para esos extensos ofrecimientos de afecto y de servicio. No creo en ellos y me disgusta decir algo distinto a lo que creo. No es ese el uso de hoy, porque jamás se dio tan abyecta y servil prostitución de presentaciones: vida, alma, devoción, adoración, siervo, esclavo... Todas esas palabras circulan tan vulgarmente que, cuando quieren expresar una voluntad verdaderamente respetuosa, son incapaces de hacerlo. (I, 40)

Mi lenguaje no tiene nada de fácil y fluido. Es áspero, con disposiciones libres y sin reglas. Me gusta así, si no por juicio, sí por inclinación. Pero sé bien que a veces me dejo llevar demasiado por esa inclinación y que, a fuerza de querer evitar el artificio y la afectación, caigo en ellos. (II, 17)

4. Amistad^[1]

De la amistad se goza en la medida en que es deseada; surge, crece y se alimenta en el goce, porque es espiritual. Se afina con la práctica. Muy por debajo de esta amistad perfecta, afectos pasajeros han encontrado antes lugar en mí; no es preciso hablar de ellos (...). Esos dos tipos de sentimientos se han conocido en mí el uno al otro. Pero no hay comparación: mantuvo su camino el primero, con un vuelo alto y soberano, mirando desdeñosamente al otro, que volaba muy por debajo de él. (...)

Lo que llamamos de ordinario amigos y amistad no son las familiaridades y conocimientos surgidos en algunas circunstancias y comodidades, en las que se ocupan nuestras almas. En la amistad de la que hablo se mezclan y confunden un alma con otra, en una mezcla tan universal que borra y no encuentra más la costura que las ha unido. Si me obligan a decir por qué lo quería [a de la Boétie], siento que solo puedo responder esto: ‘Porque yo era él; porque él era yo’ (*Parce que c’était lui; parce que c’était moi*). (...) No hubo nunca un mejor ciudadano, ni nadie con más amor por la tranquilidad de su país, ni más enemigo de las revueltas y novedades de su tiempo. Habría más bien empleado sus capacidades en apagarlas, no en encenderlas. Su espíritu se acomodaba más al patrón de otros siglos que al de este. (I, 28)

En la verdadera amistad, de la que soy experto, me doy a mi amigo más de lo que lo atraigo hacia mí. No solo prefiero hacerle yo el bien a que él me lo haga a mí, sino incluso que él se lo haga a sí mismo más que a mí. Y si la ausencia le es placentera o útil, me es más dulce eso que su presencia; porque no hay propiamente ausencia cuando existen los medios para estar advertidos uno del otro. En tiempos supe sacar partido y provecho de nuestro alejamiento. Al separarnos, llenábamos y extendíamos mejor la posesión de la vida. Él vivía, gozaba, veía por mí, y yo por él tan plenamente como si estuviera presente. Cuando estábamos juntos, una parte permanecía sin hacer nada, nos confundíamos. La separación del lugar volvía más rica la conjunción de nuestras voluntades. El hambre insaciable de presencia corporal revela de alguna manera la debilidad en el goce de las almas. (III, 9)

Si supiera con certeza que alguien me es apropiado, ciertamente iría a buscarlo por lejano que estuviera. Porque, en mi opinión, no puede comprarse fácilmente la dulzura de una conveniente y agradable compañía. ¡Un amigo! Qué verdad es la antigua consideración de que el uso de la amistad es más necesario y más dulce que el de los

elementos del agua y del fuego. (III, 9)

[1] La amistad de Michel de Montaigne con Étienne de la Boétie (1530-1563), autor, a los 18 años, de un sorprendente *De la servidumbre voluntaria o Contra Uno*, ha quedado en la historia como la proverbial de Orestes y Pílates o Virgilio y Horacio. Se conocieron en 1558, Étienne con 28 años y Michel con 25. La amistad duró apenas cinco años, hasta la muerte de la Boétie. El capítulo 28 del libro primero de los *Ensayos* es un homenaje a esa amistad.

5. Cómo afrontar los males, el dolor, la muerte

Las cosas no son dolorosas y difíciles por sí mismas: nuestra debilidad y cobardía las hace tales. Para juzgar las cosas grandes y elevadas, hace falta un alma alta; si no es así, les atribuimos nuestro vicio. Un remo en el agua parece curvo, pero es recto. (I, 14)

Dice una antigua máxima griega que los hombres están atormentados por las ideas que tienen de las cosas, no por las cosas mismas. Si esta sentencia pudiera establecerse como cierta, ganaríamos un punto en el alivio de nuestra miserable condición humana. Porque si los males penetran en nosotros solo por el juicio, parecería que está en nuestro poder despreciarlos o convertirlos en bien. Si las cosas están a nuestra merced, ¿por qué no cambiarlas y volverlas en nuestro beneficio? Si lo que llamamos mal y tormento no son mal ni tormento en sí, sino que es nuestra fantasía quien les otorga esa cualidad, siempre podríamos cambiarlos.

Pudiendo elegir, sin nadie que nos obligue, seríamos extrañamente locos si nos inclináramos por la solución más molesta y si diéramos a las enfermedades, a la indigencia y al desprecio un mal y agrio gusto, pudiendo dárselo bueno. Y si la fortuna suministra siempre la materia, a nosotros corresponde darle la forma.

Pero veamos ahora si lo que llamamos mal no lo es en sí. O, al menos, sea lo que sea, si de nosotros depende darle otro sabor y otra cara, que viene a ser lo mismo. Si la esencia original de las cosas que tememos pudiese alojarse en nosotros por su propia autoridad, ocurriría lo mismo en todos los hombres, porque todos los hombres son de una misma especie, y, con sus más y sus menos, poseen los mismos instrumentos y útiles para concebir y para juzgar. Pero la diversidad de las opiniones que tenemos sobre esas cosas muestra claramente que las modificamos al entrar en nosotros. Unos las dejan entrar tal cual son; otros les dan un nuevo ser, contrario.

Vemos el caso de la muerte, la pobreza y el dolor como nuestros principales enemigos. Pero esa muerte, que unos consideran lo más horrible de lo horrible, otros la consideran el único puerto de salida de los tormentos de esta vida. El soberano bien de la naturaleza. El solo apoyo de nuestra libertad. Receta común y pronta.

Lo que nos hace padecer con tanta impaciencia el dolor es que no estamos acostumbrados a conseguir nuestro principal contentamiento en el alma; no confiamos lo suficiente en ella, que es la única y soberana dueña de nuestra condición y de nuestra conducta. El cuerpo no tiene, poco más o menos, más que un trazo, un pliegue. El alma

es variable en todas sus formas y, sea cual sea su estado, domina los sentimientos del cuerpo y todos los demás accidentes. Por tanto, hay que estudiarla, investigarla y despertar sus poderosos resortes. (I, 14)

Cicerón dice que filosofar no es sino aprender a morir. (...) No sabemos cuándo nos espera la muerte; esperémosla siempre. La premeditación de la muerte es premeditación de la libertad. Quien ha aprendido a morir, ha desaprendido a servir. Saber morir nos libera de toda sujeción y constreñimiento. No existe mal alguno en la vida para quien ha entendido bien que la privación de la vida no es un mal. (...)

Gracias a Dios, en tal situación estoy para esa hora, que puedo desalojar cuando le plazca, sin pena de cosa alguna, si no es de la vida, si llega a pesarme su pérdida. Me desligo de todo; me he despedido ya de todos, menos de mí mismo. Jamás hombre se dispuso a dejar este mundo más pura y plenamente; ni se separó tan completamente de la vida como yo espero hacer. (...)

6. El sistema político

Nuestra organización, tanto pública como privada, está llena de imperfecciones. Pero nada hay inútil en la Naturaleza, ni siquiera la misma inutilidad; nada que esté dentro de este universo deja de tener su lugar oportuno. Nuestro ser está cimentado en cualidades enfermizas. La ambición, los celos, la envidia, la venganza, la superstición, la desesperanza se alojan en nosotros con una tal natural posesión que las reconocemos también en las bestias. Véase la crueldad, un vicio tan desnaturalizado, porque en medio de la compasión sentimos un no se sabe qué dulce punto de voluptuosidad maligna al ver sufrir a otro. Y los niños lo sienten: «Gusta ver, desde tierra, los trabajos de otros cuando los vientos agitan el amplio mar» (Lucrecio, *De rerum natura*, II, 1). Quien eliminase las semillas de esas cualidades, destruirían las condiciones fundamentales de nuestra vida. (III, 1)

Nada hace tanto daño a un estado como la innovación. El cambio da forma solo a la injusticia y a la tiranía. Cuando alguna pieza se desencaja, se la puede apuntalar. Es posible oponerse a que la alteración y corrupción, natural en todas las cosas, nos aleje demasiado de nuestros principios y comienzos. Intentar refundar una masa tan grande y cambiar los fundamentos de tan gran bastimento, es cosa de quienes, para desengrasar, suprimen; de quienes quieren enmendar los defectos particulares a través de una universal confusión y curar las enfermedades mediante la muerte, que «desean menos el cambio que la conmoción» (Cicerón, *De officiis*, II, 1). El mundo no es curable; es tan impaciente con lo que apremia que busca deshacerse de ello, a cualquier precio. A través de miles de ejemplos vemos que de ordinario se cura a su costa. La descarga del mal presente no es curación si no hay una enmienda general de la condición. (III, 9)

Sí, quizá pensaría como el rey Seleucio: quien conociera el peso de un cetro, no se dignaría tomarlo, aunque se lo encontrase en el suelo. Lo decía por las grandes y pesadas cargas que afectan a un buen rey. No es cosa de poco tener que regir a otros, cuando regirnos a nosotros mismos ya es tan dificultoso. En cuanto al mandar, que parece algo tan dulce, si se tiene en cuenta la imbecilidad del juicio humano y la dificultad de elegir entre las cosas nuevas e inciertas, soy de la opinión de que es más fácil y más agradable seguir que guiar. Es un gran descanso para el espíritu tener que seguir solo una vía ya trazada, respondiendo solo de uno mismo. «Vale más obedecer mucho, en tranquilidad, que dirigir un imperio» (Lucrecio, *De rerum natura*, V, 1, 126). Y lo que decía el rey

Ciro: que solo corresponde mandar al hombre que vale más que aquellos a los que manda. (I, 42)

7. Educación de los niños

Encuentro que nuestros mayores vicios arrancan de nuestra más tierna infancia, y que nuestra principal educación está en las manos de las nodrizas. Las madres se entretienen viendo al hijo retorcer el cuello a un pollo o hiriendo a un perro o un gato. Y hay padres tan tontos que toman como augurio de un alma marcial que el hijo golpee a un campesino o a un lacayo, que no pueden defenderse. Y toman como una gracia que el niño engañe a su compañero con alguna maliciosa deslealtad o trampa. Estas son, sin embargo, las verdaderas semillas de la crueldad, de la tiranía y de la traición; germinan allí y después crecen gallardamente y adquieren más fuerza en manos de la costumbre.

Es educación peligrosa excusar esas viles inclinaciones, refiriéndose a la debilidad y la ligereza del sujeto. (...) Es conveniente enseñar cuidadosamente a los niños a odiar los vicios por propia naturaleza y hacerles ver su natural deformidad, para que huyan no solo de practicarlos sino de acogerlos en su corazón. Que la misma idea de vicio les sea odiosa, se disfrace el vicio como se disfrace. (I, 23)

La educación debe conducirse con una severa dulzura, no como se suele hacer. En lugar de invitar a los niños a las letras, solo se les presenta, en verdad, horror y crueldad. Quitad la violencia y la fuerza; ellas no hacen, en mi opinión, sino bastardear y embrutecer una naturaleza bien nacida. Si queréis que ellos teman la vergüenza y el castigo, no los endurezcáis. Endurecedlos en el sudor, el frío, el sol y los azares que les hace falta despreciar. Eliminad de ellos toda blandura y *délicatesse* en el vestir, en el dormir, en el beber y el comer. Acostumbradlos a todo. Que no se conviertan en bellos mancebos amanerados, sino en muchachos lozanos y vigorosos. Siendo niño, hombre o viejo, siempre he pensado así. Entre otras cosas, el sistema de la mayor parte de nuestros colegios me ha desagradado siempre.

El asunto hubiera sido menos dañino si se hubiera optado por la indulgencia. Lo que hay es una prisión, con la juventud cautiva. Se la corrompe castigándola antes de que esté corrompida. Id al lugar donde están esos jóvenes: no oiréis sino gritos de niños atormentados y de maestros llenos de ira. No es esta la manera de despertar en estas almas tiernas y temerosas el apetito por sus lecciones, si se les manda con rostro espantoso, armadas las manos de látigos. (I, 26)

Que no se les pida cuenta solo de las palabras de su lección, sino del sentido y de la sustancia. Y que juzgue del progreso que ha hecho, no por el testimonio de su memoria,

sino de su vida. Que lo que acaba de aprender, lo sepa explicar de mil modos, aplicándolo a asuntos diversos, para ver si lo ha aprendido bien y hecho suyo, tomando el progreso de su instrucción de las pedagogías de Platón. Es señal de ardor de estómago y de indigestión que nos repita la carne después de haberla ingerido. El estómago no ha hecho su función si no ha cambiado el modo y la forma de lo que ha comido. (I, 26)

8. Trato con los animales

Lo que de bueno tengo, lo tengo por la suerte de mi nacimiento, no por ley o precepto, ni por otro aprendizaje. La inocencia que hay en mí es una inocencia sencilla, de poco vigor y de ningún arte. Odio, por naturaleza y por juicio, entre otros vicios, la crueldad, extremo de todos los demás. Debido a tal blandura, no puedo ver sin disgusto cómo se degüella a un pollo; oigo con disgusto gemir a una liebre entre los dientes de mis perros, aunque la caza sea un placer violento.

En lo que me atañe, no puedo ver sin desagrado perseguir y matar a una bestia inocente, sin defensa, y de quien ninguna ofensa hemos recibido. Ni, como sucede comúnmente, ver al ciervo, sin aliento ni fuerzas, cómo se adelanta y se nos entrega a quienes lo hemos perseguido, pidiéndonos clemencia con sus lágrimas. (II, 13)

Cuando juego con mi gata, ¿quién sabe si ella pasa el rato conmigo más que yo con ella? Nos entretenemos con monerías recíprocas. Si yo tengo mi hora de comenzar y de terminar el juego, ella tiene la suya. Platón, al pintar la Edad de Oro, bajo Saturno, anota como una de las principales ventajas del hombre de entonces la comunicación que tenía con las bestias, a las cuales interrogaba y se instruía sobre las verdaderas cualidades y diferencias de cada una de ellas. Así adquiriría unas muy perfectas inteligencia y prudencia y dirigía su vida mucho más felizmente de lo que hacemos nosotros. ¿Hace falta más pruebas para juzgar la impudicia humana en el trato con los animales? (II, 14)

9. Fama y famosos

La fama [Montaigne la llama *gloria*] es una aprobación que el mundo hace de las acciones que ponemos en evidencia. (...)

Existen el nombre y la cosa: el nombre es una voz que expresa y significa la cosa; el nombre no es una parte de la cosa, ni de su sustancia; es algo exterior, unido a la cosa, pero fuera de ella.

Dios, que es en sí toda la plenitud y el culmen de toda perfección, no puede aumentar ni crecer desde dentro, pero su nombre puede aumentar y crecer por la bendición y alabanza que hacemos de sus obras exteriores. Atribuimos la alabanza a su nombre, que es, fuera de Él, lo más cercano; no la podemos incorporar a Él, ya que en Él no puede haber aumento de bien. Ved así cómo solo a Dios corresponde la gloria y el honor y nada más alejado de la razón que buscarlos para nosotros. Pues siendo indigentes y necesitados interiormente, siendo nuestra esencia imperfecta, teniendo continuamente necesidad de mejorar, es en eso en lo que debemos trabajar.

Todos estamos huecos y vacíos: no hemos de llenarnos de viento y de vacío; para repararnos hace falta una sustancia más sólida. Sería una simpleza que un hombre hambriento buscara antes un buen vestido que una buena comida. Hace falta acudir a lo más urgente. Como dicen nuestras oraciones ordinarias, «gloria a Dios en los cielos y en la tierra paz a los hombres» (*Lucas 2, 14*). Nos falta belleza, santidad, sabiduría, virtud y otras realidades esenciales; los adornos externos se buscarán después de habernos provisto de las cosas necesarias. La Teología trata amplia y pertinentemente de este tema, del que apenas sé algo^[2]. (...)

No es hombre de quien se pueda sacar gran partido quien solo es hombre de bien, porque se sabrá y se le estimará más después de sabido; quien solo actúa bien con tal de que su virtud sea conocida por los hombres. (...)

No me preocupo de cómo soy para otros, sino de cómo soy para mí. Quiero ser rico por mí mismo, no por préstamo. Los extraños solo ven los acontecimientos y las apariencias externas; cada uno es capaz de poner buena cara por fuera, estando llenos por dentro de fiebre y de miedo. No ven mi corazón, solo ven mi compostura. (...)

Nos cuidamos más de que se hable de nosotros que de cómo se hable. Nos contentamos con que nuestro nombre ande de boca en boca de los hombres, sin importarnos el modo en que corra. Parece que ser conocido no es otra cosa que tener la

vida y su duración en manos de otros. En cuanto a mí, no estoy más que conmigo. (II, 16)

[2] Como de costumbre, Montaigne se rebaja. Conocía bastante bien al menos parte de la teología, sobre todo después de traducir la obra de Raimundo de Sabunde, *Theologia naturalis*.

10. Religión, Iglesia

A un cristiano le basta con creer que todas las cosas vienen de Dios, recibirlas de su divina e inescrutable sabiduría con reconocimiento y aceptarlas de buen grado, sea cual sea el aspecto que presenten. En cambio, encuentro mal algo que veo con frecuencia: buscar afirmar y apoyar nuestra religión por la prosperidad de nuestras empresas. Nuestra creencia tiene fundamentos suficientes sin necesidad de buscarlos en los acontecimientos. Porque se corre el peligro de que la fe del pueblo se venga abajo cuando el pueblo, acostumbrado a estos argumentos que les resultan plausibles y a su gusto, vea que suceden hechos contrarios. (I, 32)

Una cosa es el decir y otra el hacer. Hay que distinguir entre la prédica y el predicador. Algunos, en nuestros tiempos, han querido tener un buen juego atacando la verdad de nuestra Iglesia basándose en los vicios de algunos de sus ministros. Los testimonios a favor de la Iglesia son de otro tipo. Y aquello es una manera tonta de argumentar y produciría confusión en todas las cosas. Un hombre de buenas costumbres puede tener opiniones falsas y un hombre malo puede predicar la verdad, incluso si no cree en ella. Hay, sin duda, una bella armonía cuando van juntos el dicho y el hecho; y no niego que el dicho, cuando es seguido por los hechos, tiene más autoridad y eficacia. (II, 32)

Es un efecto de la providencia divina permitir que su santa Iglesia se halle agitada, tal como lo vemos, por tantos disturbios y tormentas, para despertar, mediante esas oposiciones, a las almas piadosas y librarlas de la ociosidad y el sueño en los que habían caído con la tranquilidad de las cosas. Si contraponemos a la pérdida que hemos tenido —el número de los que se han desviado— las ganancias reportadas por habernos devuelto el aliento, resucitado nuestro celo y nuestras fuerzas con ocasión de este combate, no sabría decir si la utilidad no supera al daño. (II, 15)

11. Fe y razón

Solo la fe abraza viva y ciertamente los altos misterios de nuestra religión. Pero eso no quiere decir que no sea empresa muy bella y muy loable poner al servicio de nuestra fe los instrumentos naturales y humanos que Dios nos ha dado. No hay duda de que ese es el empleo más honorable que sabríamos darles, y que no hay ocupación ni propósito más digno de un hombre cristiano que el de procurar, mediante todos sus estudios, extender y ampliar la verdad de sus creencias.

No nos contentamos con servir a Dios con el alma y el espíritu; le debemos y rendimos también una reverencia corporal, aplicamos en honrarle nuestros miembros, nuestros movimientos y cosas exteriores. En esto hemos de hacer igual y acompañar nuestra fe con toda la razón que hay en nosotros, aunque siempre con la reserva de no pensar que depende de nosotros, ni que con nuestros esfuerzos y argumentos podríamos alcanzar tan sobrenatural y divina ciencia.

Si la fe no entra en nosotros por una infusión extraordinaria, si entra solo mediante discursos, por medios humanos, no tendría esa dignidad y esplendor. Y me temo que no la gozamos por esa vía. Si creyésemos en Dios a través de una fe viva, por Él y no por nosotros, si tuviéramos una base y un fundamento divinos, las circunstancias humanas no tendrían, como tienen, el poder de perturbarnos; nuestra fortaleza no se rendiría con un asedio tan débil; el amor por lo nuevo, la coacción de los príncipes, la buena fortuna de una facción, el cambio temerario y fortuito de nuestras opiniones, no tendrían el poder de sacudir y alterar nuestra creencia. No la dejaríamos agitarse a merced de un nuevo argumento, ni con toda la persuasión de toda la posible retórica. Aguantaríamos esas oleadas con una inflexible e inamovible firmeza. (II, 12)

12. Milagros

Cuando leemos, en Bouchet, los milagros de las reliquias de san Hilario, de acuerdo: su crédito no es muy grande para que nos impida pensar lo contrario. Pero condenar de un plumazo toda esta clase de historias me parece una singular impudicia. El gran san Agustín testimonia haber visto cómo un niño ciego recobraba la vista ante las reliquias de los santos Gervasio y Protasio, en Milán; y cómo una mujer, en Cartago, fue curada de un cáncer por el signo de la cruz que le hizo una mujer recién bautizada. (...) ¿De qué le acusaremos a él (san Agustín) y a dos santos obispos, Aurelio y Maximino, a los que pone como testigos? ¿De ignorancia, de simpleza, credulidad, malicia, impostura? ¿Hay alguien en nuestros tiempos tan desvergonzado que piense que se puede comparar con ellos en virtud, en piedad, en saber, juicio y suficiencia? (...) Es una osadía y, en consecuencia, una absurda temeridad despreciar lo que no concebimos. (...)

Es preciso o someterse en todo a la autoridad de nuestra institución eclesiástica o librarse del todo de ella. No nos corresponde establecer en qué parte le debemos obediencia. Además, puedo decir por haberlo probado, que habiendo usado anteriormente de esta libertad de elección y selección particular, dudando de ciertos puntos de la observancia de nuestra iglesia, que parecían tener un aspecto más vano o extraño, y habiendo hablado con los hombres más sabios, he visto que esas cosas tenían un fundamento sólido y macizo. La necedad y la ignorancia nos hacen no concederles la misma aceptación que a las demás. ¿Quién no recuerda cuántas contradicciones experimentamos en nuestros propios juicios? ¿Cuántas cosas que ayer nos servían de artículos de fe hoy no son más que fábulas para nosotros? La vanidad y la curiosidad son las lacras de nuestra alma. (I, 28)

13. Dios

Sería pecado decir de Dios que es el único que es, que fue y que será, porque esos términos implican pasos, declinaciones, vicisitudes de lo que no puede durar ni conservar el ser. Hay que concluir que solo Dios es, pero no según nuestra medida del tiempo, sino según una eternidad inmutable e inmóvil, no medida por el tiempo ni sujeta a ninguna declinación. Ante Él, nada es ni será después ni más nuevo ni más reciente; Él es realmente un «siendo» que en un solo instante llena el «siempre»; solo Él existe verdaderamente. De Él no se puede decir ha sido o será, sino que es sin comienzo y sin fin.

A esta conclusión tan religiosa de un hombre pagano [Plutarco], querría añadir solo estas palabras de un testigo de igual condición [Séneca]. (...) ¡Qué vil cosa y abyecta — dice— es el hombre si no se eleva por encima de su humanidad! He ahí una frase hermosa y útil, pero también algo absurdo. Es imposible y monstruoso hacer el puñado mayor que el puño, o el abrazo mayor que los brazos, o que el paso se extienda más que la extensión de nuestras piernas. El hombre no puede elevarse por encima de su humanidad. Porque solo puede ver con sus ojos y solo puede asir con sus manos. Se elevará si Dios le presta extraordinariamente su mano; se elevará abandonando y renunciando a sus propios medios; se dejará alzar y levantar por los medios puramente celestiales. Es nuestra fe cristiana, y no su virtud estoica, la que puede aspirar a esa divina y milagrosa metamorfosis. (II, 12)

14. Presciencia divina y libertad humana^[3]

Con nuestras otras disputas se ha mezclado la del *Fatum*. Y para unir lo porvenir y nuestra misma voluntad a una cierta y determinada necesidad, se recurre a este argumento, ya conocido en el pasado: puesto que Dios prevé todas las cosas, algo que sin duda hace, deben suceder de tal modo y es preciso que sucedan tal cual. A lo que nuestros maestros [teólogos] responden que ver que algo sucede, como hacemos nosotros —y también Dios, pues al tenerlo todo presente, más que prever, ve— no significa forzar el futuro. Nosotros vemos por qué las cosas suceden, pero no suceden porque las veamos. El acontecimiento hace la ciencia, no la ciencia el acontecimiento. Lo que vemos acontecer, sucede, pero podría suceder de otro modo. Y Dios, en el registro de las causas de los acontecimientos que Él tiene en su presciencia, incluye tanto las que se llaman fortuitas como las voluntarias; estas dependen de la libertad que Él ha dado a nuestro arbitrio, y sabe que fallaremos porque habremos querido fallar. (III, 29)

^[3] Cuando Montaigne escribe está en pleno vigor la polémica que enfrentó a dominicos y jesuitas, llamada *De auxiliis*, sobre cómo concordar la presciencia divina con los auxilios que Él da y con la libertad humana. Los autores jesuitas tendían a acentuar más la libertad humana; los dominicos, la gracia divina. En realidad, es imposible una respuesta definitiva, porque para eso habría que situarse en lugar de Dios. Paulo V, en 1607, reconoció la libertad para dominicos y jesuitas de defender la propia doctrina, a la vez que prohibía considerar herejía a ninguna de ellas. Con independencia de los aspectos más vistosos o corporativos de la polémica, el tema sirvió de ocasión para importantes profundizaciones en el estudio de la libertad humana. La opinión de Montaigne, en su sencillez, es especialmente lúcida.

15. De las oraciones

No sé si me equivoco, pero sí, por un particular favor de la bondad divina, cierta forma de oración nos ha sido prescrita y dictada, palabra a palabra, por la boca de Dios, siempre me ha parecido que deberíamos hacer de ella un uso más común del que hacemos. Si fuese por mí, al principio y al final de las comidas, al despertarnos y al acostarnos y durante todas las particulares acciones en las que acostumbramos a unir oraciones, quisiera que fuera el padrenuestro lo que los cristianos emplearan. Si no solo eso, sí siempre. La Iglesia puede extender y diversificar las oraciones, según la necesidad de nuestra instrucción, porque sé bien que es siempre la misma sustancia, la misma cosa. Pero debería darse al padrenuestro ese privilegio, y que el pueblo lo tuviera continuamente en los labios, porque ciertamente en él se dice todo lo que es preciso y es muy propio para cualquier ocasión. Es la única oración de la que me sirvo y la repito, en lugar de cambiarla por otra.

Parece realmente que nos servimos de nuestras oraciones como de una jerga, como esos que emplean las palabras santas y divinas en brujerías y efectos mágicos. Parece que nos hacemos a la idea de que el efecto de la oración depende de la forma, del sonido, de la continuidad de las palabras o de nuestra postura. Porque, teniendo el alma llena de concupiscencia, sin estar tocados por el arrepentimiento ni llegar a una nueva reconciliación con Dios, presentamos las palabras que la memoria trae a nuestra lengua, esperando con eso la expiación de nuestras faltas. Nada más fácil, más dulce y más favorable que la ley divina: nos llama hacia ella, siendo como somos tan ofensores y pecadores. Ella nos tiende los brazos y nos recibe en su seno, por viles, sucios y manchados que nos hallemos, y que podamos llegar a ser en el futuro. Pero, a cambio, hay que mirar a esa ley divina con buenos ojos. Hay que recibir ese perdón con acción de gracias. Y, al menos en los momentos en los que nos dirigimos a ella, es preciso tener el alma reticente al pecado y a las pasiones que nos inclinan a ofenderla. (I, 56)

16. Retiro

Hemos vivido ya lo suficiente para los demás; vivamos al menos para nosotros este final de la vida. Dirijamos hacia nosotros mismos y hacia nuestro bienestar pensamientos e intenciones. No es de poca monta asegurarnos un retiro. Ya nos ocupa bastante la vida, sin necesidad de añadirle otras cosas. Puesto que Dios nos ofrece la posibilidad de disponer de nuestro desalojo, preparémonos para eso. Hagamos el equipaje. Despidámonos pronto de la compañía. Soltémonos de esos violentos lazos que nos unen a otras cosas y nos aleja de nosotros mismos. Es preciso desligarnos de esas obligaciones tan fuertes, amar esto y aquello, pero sin esposarnos con nada que no seamos nosotros. Que lo demás esté con nosotros, pero no tan unido y soldado que no podamos desprendernos de ello sin que tire de nuestra piel y nos arranque un trozo de nosotros mismos. Lo más grande del mundo es saber ser para uno mismo, pertenecerse.

Es tiempo de desnudarnos de la sociedad porque nada podemos ya aportarle. Quien no pueda prestar, que se prohíba a sí mismo pedir prestado. Nuestras fuerzas nos fallan; retirémoslas y reservémoslas para nosotros. (I, 38)

17. Compasión

Siento una asombrosa facilidad para la misericordia y la mansedumbre; tanto que, en mi opinión, sería más propenso a inclinarme naturalmente hacia la compasión que hacia la estima. (...) Podría decirse que romperse el corazón por la conmiseración es efecto de la facilidad, la sensibilidad y la blandura, de donde se sigue que las naturalezas más débiles, como las de las mujeres, los niños y el vulgo, estarían más sujetas a eso; y que, por el contrario, es efecto de un alma fuerte e indomable, que se precia de un vigor varonil y obstinado, rendirse al único respeto de la santa imagen de la virtud, desdeñando lágrimas y ruegos[4]. (I, 1)

[4] Nótese lo que dice: si se considera naturalezas más débiles a las mujeres, los niños y el vulgo, Montaigne se incluye en ese grupo.

18. Tristeza

Soy de la gente exenta de este sentimiento. Ni lo amo ni lo estimo, aunque el mundo lo honre con un particular favor. Adornan con él la sabiduría, la virtud, la conciencia: adorno necio y monstruoso. Los italianos han bautizado ese sentimiento, con más acierto, con el nombre de malignidad, porque es una cualidad siempre dañina, loca; y, considerándola cobarde y baja, los estoicos la prohíben a sus sabios. (...) Soy pocas veces víctima de estas pasiones [violentas]; por naturaleza soy de aprehensión dura y la curto y la endurezco diariamente con razones. (I, 2)

19. Juzgar por las intenciones

No podemos ir más allá de nuestras fuerzas y de nuestros medios. Por eso, porque no dependen en modo alguno de nosotros ni los efectos ni la ejecución, y porque solo la voluntad depende enteramente de nosotros, en ella se fundan necesariamente y se establecen todas las reglas de los deberes del hombre. (I, 7)

20. La mentira

En verdad, mentir es un vicio maldito. Somos hombres y nos tenemos los unos a los otros por la palabra. Si conociéramos el horror y el peso de la mentira, la perseguiríamos a fuego, más que a otros crímenes.

Encuentro que nos dedicamos de ordinario a castigar a los niños, inoportunamente, y que los atormentamos por acciones temerarias que no tienen ni huella ni consecuencias. Solo la mentira, y algo por debajo de ella, la obstinación, me parecen los vicios cuyo nacimiento y progreso deberíamos combatir. Los niños crecen, lo quieran o no; y en cuanto se les despeja la lengua es maravilloso lo que cuesta detenerla. De ahí deriva que veamos a gente honesta sometida a la mentira. (...)

Si, al modo de la verdad, la mentira solo tuviera una cara, la cosa no iría mal. Porque diríamos que es verdadero lo contrario de lo que dice el mentiroso. Pero el reverso de la verdad tiene mil formas y un campo infinito. (I, 9)

21. Los límites del valor y el miedo

El valor tiene sus límites, como las demás virtudes; franqueados esos límites se cae en el vicio. A través del valor podemos llegar a la temeridad, la obstinación y la locura, si no conocemos bien sus fronteras, en verdad difíciles de definir. (I, 15)

No soy, como se dice, un buen naturalista, y desconozco cómo el miedo actúa en nosotros, pero es una extraña pasión. Dicen los médicos que no hay ninguna otra que saque más a nuestro juicio de su debido sitio. He visto, en verdad, a mucha gente volverse loca de miedo; e incluso en los más sensatos, mientras dura el acceso de miedo, engendra terribles turbaciones. (I, 18)

22. Hay faltas y faltas

Es razonable que se distinga entre las faltas que surgen de nuestra debilidad y las que se originan en nuestra malicia. En estas últimas vamos conscientemente contra las reglas de la razón que la naturaleza ha impreso en nosotros; en aquellas, parece que podemos poner, como excusa, esa misma naturaleza, por habernos dejado en tal imperfección y debilidad. De manera que bastante gente ha pensado que solo se nos puede achacar como falta lo que hacemos en contra de nuestra conciencia; y en eso se basan quienes condenan que se aplique la pena de muerte a heréticos e incrédulos[5]. (I, 18)

[5] De modo cauto, Montaigne está en contra de esa práctica, generalizada en su tiempo... y después.

23. Juzgar según sea el final

En todo lo demás puede existir una máscara. (...) Pero, en ese último papel de la muerte y nosotros, no hay nada que fingir. Hay que hablar francés y mostrar qué hay de bueno y de neto en el fondo del bote: «Entonces las verdaderas intenciones salen del fondo del pecho; cae la máscara y queda la verdad» (Lucrecio, *De rerum natura*, III, 57). Por eso todas las acciones de nuestra vida se deben probar en esta última piedra de toque. Es el día maestro, el día que juzga a los demás días. Es el día, dice un antiguo, que debe juzgar todas nuestras pasadas acciones. Doy a la muerte el intento y el fruto de mis esfuerzos. Allí se verá si mis discursos nacen de mi boca o de mi corazón. (...)

Al juzgar la vida de los demás, miro siempre cómo ha sido su final. Y el principal estudio de la mía es para que ese mi final resulte bien, tranquilo, discreto. (I, 18)

24. La fuerza de la imaginación

Soy de esos que siente mucho la fuerza de la imaginación. La imaginación empuja a todos, pero a algunos los hace caer. Su impresión me atraviesa. Mi arte consiste en escapar de ella, no en resistirla. Viviré con la única asistencia de personas sanas y alegres. La vista de las angustias ajenas me acongoja materialmente y mi sentimiento está con frecuencia usurpado por el sentimiento de los demás. Una tos continua irrita mi pulmón y mi garganta. Visito con menos ganas a los enfermos por los que más interés siento que a aquellos a los que tengo menos consideración. (I, 21)

25. La fuerza de la costumbre

En resumen: para mí, nada hay que no haga o que no pueda hacer (la costumbre); y, con razón, Píndaro la llama la reina y emperadora del mundo. Aquel a quien encontraron pegando a su padre, respondió que esa era la costumbre de su casa; que su padre había pegado así a su abuelo; y este a su bisabuelo. Después, mostrando a su hijo, dijo: ‘Y este me pegará cuando tenga la edad que ahora tengo yo’. (I, 23)

26. Realismo

Es una absoluta perfección, casi divina, saber gozar lealmente del propio ser. Buscamos otras cualidades, por no saber usar las nuestras. Salimos fuera de nosotros mismos, porque no sabemos estar dentro. Si nos parece bien caminar sobre unos zancos, no hay que olvidar que hemos de andar con nuestras piernas. Aunque estemos sentados sobre el más alto trono del mundo, no por eso dejamos de estar sentados sobre nuestro culo. En mi opinión, las vidas más bellas son las que se ajustan ordenadamente al modelo común y humano, sin milagrerías y sin extravagancias. (III, 12)

27. Roma

Esa Roma que vemos merece ser amada. Está unida desde hace mucho tiempo y por muchos títulos a nuestra corona. Es la única ciudad común y universal. El magistrado soberano que manda en ella es reconocido igualmente en todas partes; es la ciudad metropolitana de todas las naciones cristianas. El español, el francés: todos están allí en su casa. Para estar entre los príncipes de este estado, solo hace falta pertenecer a la Cristiandad, se sea de donde se sea. No hay lugar alguno, aquí abajo, que el cielo haya abrazado con tanta influencia y favor, y tal constancia. Sus mismas ruinas son gloriosas y plenas. (III, 9)

28. El testimonio de la conciencia

Hay un cierto no sé qué de congratulación en obrar bien, nos alegra interiormente. La buena conciencia se ve acompañada de un generoso orgullo. Un alma valerosamente viciosa puede quizá proveerse de seguridad, pero no de esa complacencia y satisfacción. No es pequeño el placer de sentirse preservado del contagio de un siglo tan corrompido, y poder decirse a uno mismo: ‘Quien me viera hasta el fondo del alma, no me encontrará culpable de la aflicción o de la ruina de nadie; ni de venganza ni de envidia; ni de ofensa pública a las leyes ni de afán de novedad, ni de agitación; ni de faltar a mi palabra’. Y aunque la licencia de estos tiempos lo haya permitido y enseñado a muchos, yo no he puesto la mano ni en los bienes ni en la bolsa de ningún hombre francés. He vivido solo de la mía, lo mismo en la guerra que en la paz. No me he servido del trabajo de nadie sin pagarle. Estos testimonios de la conciencia son agradables y esa alegría natural es un gran beneficio. Es la única paga que nunca nos ha de faltar. (III, 2)

29. Cosmopolita

No porque lo haya dicho Sócrates, sino porque ese es mi humor, y quizá con cierto exceso, considero compatriotas a todos los hombres. Abrazo tanto a un polaco como a un francés; el lazo universal y común va delante del nacional. No presumo de la dulzura del aire local. Los conocimientos nuevos y todos los míos me parecen de más valor que los comunes y fortuitos de mi vecindad. Las amistades puras que hemos trabado aventajan de ordinario a las de la comunicación en un mismo clima o en la sangre. La Naturaleza nos puso en el mundo libres y desligados. Somos nosotros los que nos encerramos en ciertos límites. Como los reyes de Persia, que se obligaban a no beber más agua que la del río Choaspez y renunciaban por necesidad a su derecho de usar todas las otras aguas, secando, con su mirada, todo el resto del mundo. (III, 9)

Me da vergüenza ver a nuestros hombres embriagados por esa tendencia a escandalizarse ante las maneras contrarias a las suyas. Parecen fuera de su elemento cuando están fuera de su pueblo. Allá donde vayan, mantienen sus maneras y abominan de las extranjeras. Encuentran a un compatriota en Hungría y celebran esa casualidad: vedles unirse y aliarse para condenar tantas costumbres bárbaras como ven. Tienen que ser bárbaras, porque no son francesas. (III, 9)

Al contrario, yo soy un peregrino muy cansado de nuestras maneras: no voy a buscar gascones en Sicilia (ya tengo bastantes aquí). Busco más bien griegos y persas. Me acerco a ellos, los estudio. A eso me apresto y en eso me empleo. Más aún: pienso que he encontrado pocas maneras inferiores a las nuestras. (III, 9)

30. *Best Sellers*

La estimación vulgar y popular acierta poco. Y en mis tiempos, si no me equivoco, son los peores escritos los que se han ganado el favor del viento popular. (III, 9)

31. Vejez

He dejado envejecer y morir en mí, de muerte natural, reumas, fluxiones gotosas, diarreas, palpitaciones, migrañas y otros accidentes, que han desaparecido cuando casi me había habituado a alimentarlos. Se los conjura mejor con la cortesía que desafiándolos. Es preciso sufrir con paciencia las leyes de nuestra condición. Estamos hechos para envejecer, para debilitarnos, para estar enfermos a pesar de cualquier medicina. Es lo primero que enseñan los mexicanos a sus hijos cuando salen del vientre de su madre. Así lo saludan: ‘Hijo, has venido al mundo para padecer; padece, sufre y calla’. (III, 12)

Bibliografía

MONTAIGNE, Michel de, *Ensayos*:

— tomos I, II, y III, edición de Dolores Picazo y Almudena Montojo, Cátedra, Madrid, 1985 y 1987.

— según la edición de 1595 de Marie de Gournay, edición y traducción de J. Bayod Grau, El Acanilado, Barcelona, 2008.

BURKE, Peter, *Montaigne*, Alianza, Madrid, 1985.

CASALS PONS, Jaume, *La filosofía de Montaigne*, Barcelona, Edicions 62, 1986 (en catalán).

CHAMIZO, Pedro, *La doctrina de la verdad en Michel de Montaigne*, Universidad de Málaga, Málaga, 1984.

COMPAGNON, Antoine, *Nous Michel de Montaigne*, Le Seuil, París, 1980.

LACOUTURE, Jean, *Montaigne a caballo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1999.

NAVARRO REYES, Jesús:

— *La extrañeza de sí mismo: identidad y alteridad en Montaigne*, Fénix Editora, Sevilla, 2005.

— *Pensar sin certezas: Montaigne y el arte de conversar*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2007.

THIBAUDET, Albert, *Montaigne*, Gallimard, París, 1963.

ZWEIG, Stefan, *Montaigne*, El Acanilado, Barcelona, 2008.



Título original: *Essais*, de MICHEL DE MONTAIGNE.

© 2015 de la presente edición (traducción, selección de textos e introducción),
preparada por RAFAEL GÓMEZ PÉREZ.

© 2015 by EDICIONES RIALP, S. A.,
Alcalá 290. 28027 Madrid.

www.rialp.com

Grabado de cubierta: © idea - Fotolia.com

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S. L.

www.mtcolor.es

ISBN (ebook): 978-84-321-4530-8

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portadilla	2
Índice	4
Introducción	7
1. El tema soy yo	13
2. De qué tratan los Ensayos	16
3. Lenguaje	18
4. Amistad	19
5. Cómo afrontar los males, el dolor, la muerte	21
6. El sistema político	23
7. Educación de los niños	25
8. Trato con los animales	27
9. Fama y famosos	28
10. Religión, Iglesia	30
11. Fe y razón	31
12. Milagros	32
13. Dios	33
14. Presciencia divina y libertad humana	34
15. De las oraciones	35
16. Retiro	36
17. Compasión	37
18. Tristeza	38
19. Juzgar por las intenciones	39
20. La mentira	40
21. Los límites del valor y el miedo	41
22. Hay faltas y faltas	42
23. Juzgar según sea el final	43
24. La fuerza de la imaginación	44
25. La fuerza de la costumbre	45
26. Realismo	46

27. Roma	47
28. El testimonio de la conciencia	48
29. Cosmopolita	49
30. Best Sellers	50
31. Vejez	51
Bibliografía	52
Créditos	53